

Negocio que aflige y cansa  
 Pidió papel y tintero  
 Diciendo á Juan : — « ¡ Por mi alma  
 « Que en mi vida en tal apuro  
 « Vacilar tanto pensaba ;  
 « Y á no serte tú quien eres  
 « Metiéralo á cuchilladas ;  
 « Pero escribe, y que responda  
 « A cual de nosotros mata. »  
 Escribió Juan, mas rasgando  
 Al mejor tiempo la carta,  
 — « Echemos, dijo, los dados  
 « Y al que la mayor le caiga  
 « Si es á mi la escribo al punto,  
 « Si es á tí, Pedro, te casas. »  
 Tiró Juan y sacó nueve ;  
 Y siendo el vaso con rabia  
 Tiró Pedro y sacó doce,  
 Con que los dos se levantan.  
 Y atravesando la turba  
 Que curiosa los cercaba  
 Parten la calle en silencio  
 Dándose entrambos la espalda.

## III.

Son á mi pensar los celos  
 Delirio, pasion, ó mal,  
 A cuyo influjo fatal  
 Lloraran los mismos cielos.  
 A manos de tal pasion  
 El mas cuerdo desespera,  
 Pues quien con celos espera  
 Atropella su razon.  
 Si con celos esperar  
 Es importuna porfia,  
 Ceder zeloso en un dia  
 Cuanto se amó, no es amar.  
 De celos verse morir,  
 Y en silencio padecer,  
 Son celos tan de temer  
 Cuanto duros de sufrir.  
 Y asi con celos amor  
 Vale casi aborrecer,  
 Pero con celos ceder  
 Es igual que delirar.  
 Si otro mas favorecido  
 Goza el bien que se perdió,  
 Se habrá el disfabor sentido,  
 Mas perdido el amor no.  
 Porque en quien goza favor  
 Sobra tal vez confianza,  
 Y celos sin esperanza  
 Suelen guardar mas amor.  
 Si favor nunca tuvimos  
 Aun es suerte mas cruel,  
 Porque vemos ahora en él  
 Cuanto bien haber pudimos.

Y asi pienso que son celos  
 Delirio, pasion, ó mal,  
 A cuyo influjo fatal  
 Lloraran los mismos cielos.  
 Por eso llora Juan Ruiz  
 Zeloso y desesperado  
 El bien que Pedro ha ganado  
 Mas galan ó mas feliz.  
 Por eso en la soledad  
 Se mesa barba y cabellos,  
 Sin mirar que no está en ellos  
 Su amante fatalidad.  
 ¡ Oh ! que no fueron antojos  
 Sus amorosos desvelos !  
 Que el amor que hoy le da celos  
 Entróle ayer por los ojos.  
 « ¿ Y por qué no me atreví ? »  
 Clama el triste en su afliccion ;  
 « ¡ Y hoy acaso esta pasion  
 « Pudiera arrancar de mi !  
 « Mas volveré, ¡ vive Dios !  
 « ¿ Pero qué he de conseguir  
 « Si la he dejado elejir  
 « Marido de entre los dos ? »  
 Y á su despecho tornando  
 Semejábese en su afan  
 Una fiera á quien están  
 Dentro la jaula acosando.  
 Sin darse el triste solaz  
 Cruzaba el cuarto sin tino,  
 Pero no hallaba camino  
 De dar al ánima paz.  
 Silbaba al dejar rabioso  
 Paso al comprimido aliento,  
 Y hollaba con pié violento  
 El pavimento ruinoso.  
 Iba adelante y atrás  
 Sin reflexion que le acuda,  
 A la par pidiendo ayuda  
 A Cristo y á Satanás.  
 Túvose un momento al fin ;  
 Y en el temblor que le aqueja  
 Se ve bien que se aconseja  
 Con un pensamiento ruin.  
 Volvió á girar otra vez,  
 Y otra á tenerse volvió :  
 En esto dobló un reló  
 En una torre las diez.  
 Entonces quedando fijo  
 Esclamó en la oscuridad :  
 « Hoy se casan, es verdad,  
 « Hace un mes que me lo dijo  
 « Ciñó con esto el acero  
 Con desden á la cintura,  
 Y salióse á la ventura  
 La vuelta del matadero.

## IV.

Es una noche sin luna,  
 Y un torcido callejon  
 Donde hay en un esquinazo  
 Agonizando un farol.  
 Un balcon abierto á medias  
 Por los vidrios de color  
 Arroja al aire en tumulto  
 De danza el confuso són.  
 Se oye el compás fugitivo  
 Que llevan con pié veloz  
 Los que danzan descuidados  
 Dentro de la habitacion,  
 Y se ven cruzar sus sombras  
 Una á una y dos á dos  
 En fantástica carrera  
 Y en monótona ilusion.  
 La casa es la de Medina,  
 Que en ella á fiesta juntó  
 Sus amigos y parientes  
 Despues de traspuesto el sol.  
 Allí con franca algazara  
 Festeja á la que adoró,  
 De quien aguarda esta noche  
 Prendas de cumplido amor.  
 Está la niña galana  
 Cual nunca el barrio la vió,  
 Suelto en rizos el cabello  
 Que exhala fragante olor ;  
 La falda de raso blanco  
 Y acuchillado el jubon,  
 Con vueltas de terciopelo  
 Azul de cielo el color.  
 Con una hebilla de plata  
 Ajustado el cinturón,  
 De donde baja en mil pliegues  
 Un encaje en derredor ;  
 Y de un lazo de corales,  
 Que Pedro le regaló,  
 Lleva en una cruz de oro  
 La imágen del Redentor.  
 Tanta ventura en un dia  
 Nunca Pedro imaginó,  
 Y asi anda desatentado  
 Girando en la confusion.  
 A cada vuelta se mira  
 En los ojos de su amor,  
 Y en la luz de aquellos soles  
 Se le quema el corazon.  
 Y en fin, para concluir,  
 Se cantó, cenó y bailó.  
 Como es costumbre en las bodas  
 Desde entonces hasta hoy ;  
 Hasta que cansados unos  
 Del baile, otros del calor,  
 Las viejas del tardo sueño,  
 Los músicos de su són,

Los muchachos de la bulla,  
 Y los novios del honor  
 Que les hacen sus amigos  
 En tan precisa ocasion ;  
 Despidiéronse uno á uno  
 Echando sobre los dos  
 Mas bendiciones que plagas  
 Causó á Egipto Faraon.  
 Quedáronse entrambos solos  
 La amada y el amador,  
 Por vez primera en la vida  
 A merced de su pasion.  
 Mirábala embelesado  
 El amoroso español,  
 Trémulo el rostro de gozo  
 Y de dicha el corazon.  
 Mirábale ella anhelante  
 Encendida de rubor,  
 Húmedos los negros ojos  
 Con tiernísima aflicion.  
 Él diciéndola — ¡ alma mia !  
 Diciéndole ella — ¡ mi sol !  
 Entre el són de ardientes besos  
 De regalado sabor.  
 En esto en la estrecha calle  
 Temible ruido sonó  
 De voces y cuchilladas  
 En medrosa confusion.  
 Y al angustiado lamento  
 De uno que grita : — « ¡ Favor !  
 « ¡ Ayudadme, que me matan ! »  
 Pedro á la calle bajó  
 Con el estoque en la diestra  
 Y en la siniestra el farol.  
 Asomóse Catalina  
 Amedrentada al balcon  
 Llamando á Pedro afanosa  
 De algun daño por temor.  
 Alzó Medina la cara  
 Y la luz con ella alzó,  
 Pero apenas el reflejo  
 Dió en el rostro de su amor,  
 Una estocada traidora  
 Por el costado le entró.  
 Lanzó un grito el desdichado  
 Que partia el corazon,  
 Lanzó la hermosa un gemido  
 De intensísimo dolor,  
 Y el moribundo Medina  
 Volviendo el gesto á un rincon,  
 Hacia una imágen de Cristo  
 De quien devoto vivió,  
 Dijo espirando : — « Soy muerto.  
 « ¡ Acorredme, Santo Dios ! »  
 Y quedó tendido en tierra  
 Sin movimiento y sin voz.  
 Alzóse á su lado un hombre,  
 Y exclamando con pavor

« ¡Maldita sea mi alma! »  
Mató la luz y escapó.

## V.

Tuvieron así los años  
Uno, dos, tres, hasta siete,  
Embozada en el misterio  
Aquella impensada muerte.  
En vano acudieron pronto  
Vecinos á socorrerle,  
Para vengarle los hombres,  
Para mentir las mugeres.  
En vano salieron unos  
Casi desnudos á verle,  
Y otros salieron jurando  
Armados hasta los dientes.  
Nada sirvieron entonces  
Ni jubones ni broqueles;  
Medina quedó sin vida,  
Y sin justicia el alevé.  
En vano son las pesquisas  
De los irritados jueces,  
En vano son los testigos,  
Las citas y los papeles.  
En vano el caso averiguan  
Una, dos, tres, quince veces;  
Cada vez mas se confunden  
Los golillas y corchetes.  
En vano sobre la rastra  
Anduvieron diligentes  
Olfateando la presa  
Los alanos de las leyes.  
Porque todos son testigos,  
Todos declaran contestes,  
Todos son los agraviados,  
Mas ninguno delincuente.  
Hubo alborotos por ello,  
Y pendencias mas de veinte,  
Mas Pedro quedó sin vida,  
Y sin justicia el alevé.  
Catalina le lloraba  
Desconsolada y doliente  
Minutos, horas y dias,  
Noches, semanas y meses.  
Un año estuvo en el lecho  
Con accesos de demente,  
Y un año á su cabecera  
Veló Juan Ruiz sin moverse.  
Dió con la puerta en los ojos  
A padrinos y parientes  
Diciendo : — Mientras yo viva,  
No faltará quien la vele.  
Y en vano le murmuraron  
De tal conducta las gentes;  
Juan se mantuvo constante  
A la cabecera siempre,  
Sin que á sondear su alma  
Alcanzara algun viviente

A través de la reserva  
Y el misterio que mantiene.  
Curóse al fin Catalina,  
Y el tiempo, que tanto puede,  
Siendo remedio y sepulcro  
De los males y los bienes,  
Volvió la luz á sus ojos,  
Y el pudor volvió á su frente;  
Y el talisman de la risa  
A sus labios transparentes;  
Y salió ufana diciendo  
A cuantos por verla vienen  
Que la vida con que vive  
Solo á Juan Ruiz se la debe.  
Este, á pretexto de amigo  
Del triste que en polvo duerme,  
No se aparta de su lado  
Hasta que la noche viene.  
Entonces á lentos pasos  
La esquina inmediata tuerce,  
Y en las revueltas del barrio  
Como un fantasma se pierde.  
Mas no faltó en él alguno  
Que á media voz se atreviese  
A decir que cuando pasa  
Por ante el Cristo se tiene,  
Y el embozo hasta los ojos,  
El sombrero hasta las sienes,  
Cruza azaroso la calle  
Como si alguien le siguiese.  
En estas conversaciones  
Cada vez menos frecuentes  
Pasaron al fin los años  
Uno, dos, tres, hasta siete.

## VI.

Pagada la Catalina  
De amistad tan firme y tierna,  
De tanto afán y desvelos,  
De tan rendida fineza,  
Escuchó á Juan una tarde,  
Los ojos fijos en tierra,  
Dulces palabras de amores  
De la balbuciente lengua.  
Instó un día y otro día,  
Quedó siempre sin respuesta,  
Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,  
Volvió á su silencio ella.  
Pasóse un mes y otro mes,  
Y tornó Ruiz á su tema,  
Y tornó á callar la niña  
Entre enojada y risueña.  
Mas tanto lidió el galán,  
Tanto resistió la bella,  
Que al cabo la linda viuda  
Dijo á Juan de esta manera :  
« Puesto que es muerto Medina  
« ( ¡ Dios en su gloria te tengal )

« Y por siete años cumplidos  
« Mi fé le he guardado entera,  
« Y él ha visto nuestro amor  
« Allá de la vida eterna,  
« Os daré, Juan Ruiz, mi mano  
« Y mi corazón con ella.  
« Amigo de Pedro fuisteis,  
« Y yo os debo la existencia,  
« Con que es justo, á mi entender,  
« Os cobreis entrambas deudas. »  
Púsose Juan Ruiz de hinojos  
A los piés de la doncella,  
Y asiéndola las dos manos  
Humildemente las besa.  
Acordáronse las bodas,  
Mas Catalina aconseja  
Que sean cuando él quisiese,  
Pero que sin ruido sean.

Las malas mañas ó antojos  
O tarde ó nunca se dejan,  
Y Juan en su mocedad  
Gustó de bulla y de fiesta.  
Asi aunque pocos convida  
Para que á las bodas vengan,  
Buscó unos cuantos amigos  
Que le alegraran la mesa.  
Trajo vinos los mejores,  
Y viandas las mas frescas,  
Y apuntó por hora fija  
De noche las diez y media.  
Gustaba Juan sobre todo  
De cabezas de ternera,  
Y asábalas con tal maña  
Que á cualquier gusto pluguieran.  
Gozaba en esto gran nombre  
Entre la gente plebeya,  
De tal modo que le daban  
El apodo de *Cabezas*.  
Ocurrióle á media tarde  
Darse á luz con tal destreza  
Y embozándose en la capa  
Salió en busca de una de ellas.  
Mataban aquella tarde  
En el Rastro una becerra,  
Compró el testuz y cubrióle  
Asido por una oreja.  
Volvió á doblar el embozo,  
Y contento con la presa  
De la calle en que vivía  
Tomó rápido la vuelta.  
Iba Juan Ruiz con la sangre  
Dejando en pos roja huella  
Que marcaba su camino  
Sobre las redondas piedras.  
En esto entrando en su barrio,  
Al doblar una calleja  
Dos ministros de justicia  
Le pasaron muy de cerca.

Él siguió y pasaron ellos,  
Advirtiéndolo con sorpresa  
La sangre con que aquel hombre  
El sitio que anda gotea.  
Él siguió y tornaron ellos  
Por sobre el rastro que deja,  
Hasta entrar en otra calle  
Oscura, sucia y estrecha.  
En un rincon embutida  
A la luz de una linterna  
De Cristo crucificado  
Se ve la imágen severa.  
Paróse Juan : los corchetes,  
Que en el mismo punto llegan,  
Viendo que duda y vacila  
En faz de preso le cercan.  
— « ¡ Fuera el embozo! gritaron :  
« Muestre á la luz lo que lleva. »  
Volvió los ojos al Cristo  
Juan, y helósele en las venas  
A una memoria terrible  
Cuanta sangre hervía en ellas.  
— « ¡ Fuera el embozo! » repiten,  
Y él acongojado tiembla,  
Sintiendo un cambio espantoso  
Que pasa en su mano mesma.  
Quiso hablar, y atropellado  
Un ¡ dejadme! balbucea.  
Deshicieronle el embozo,  
Y mostrando Ruiz la diestra  
Sacó asida del cabello  
De Medina la cabeza.  
— « ¡ Acorredme, Santo Dios! »  
Grita aterrado y la suelta;  
Mas la cabeza oscilando  
Entre los dedos le queda.  
« ¡ Yo le maté! clamó entonces,  
« Hoy há siete años, por ella. »  
Y sin voz ni movimiento  
Cayó desplomado en tierra.

## CONCLUSION.

Y así fué : que aquella noche  
De sangrienta confusion.  
En que al de una riña  
Pedro á la calle bajó  
Con el estoque en la diestra  
Y en la siniestra el farol,  
No era en ella otro que Ruiz  
Quien llevaba lo mejor.  
Como un iman á una aguja  
Arrastra constante en pos,  
Como una serpiente á un pájaro,  
A una paloma un halcon  
Entorpecen y fascinan  
Sin que ala ni pié veloz  
Para huirle les acudan;  
A impulsos de su pasión

Anduvo así Juan vagando  
De la fiesta en derredor.  
Y oía por las ventanas  
De danza el confuso són,  
Y vía cruzar las sombras  
Una á una, y dos á dos,  
En fantástica carrera  
Y en monótona ilusión.  
Así lloraba acosado  
De sus zelos y su amor,  
Cuando oyó de una pendencia  
Vivo y cercano rumor :  
Cerróse en ella á estocadas  
Tan sin acuerdo y razón,  
Que á cuantos hubo á las manos  
Adelante se llevó.  
En esto acudió Medina,  
Y Catalina al balcon  
De la suerte recelando  
Acelerada salió.  
Mas al ver cual afanosa  
Curaba ella de otro amor  
Cegaron á Ruiz los zelos.  
El despecho le embriagó ;  
Y al tiempo que alzaba Pedro  
El brazo con el farol  
Matóle á la faz de Cristo  
Como villano á traición.  
De entonces, en los siete años,  
Después del hecho traidor,  
Ni una sola vez de miedo  
Por ante el Cristo pasó.  
Llegó la primera al cabo,  
Y en ella al cielo ocasión  
De mostrar que hay infalibles  
Tribunales solo dos  
De irrevocable sentencia  
Sin cotos ni apelación.  
*Para verdades el TIEMPO,  
Y para justicias DIOS.*

### LA VIRGEN AL PIÉ DE LA CRUZ (1).

Stabat Mater dolorosa  
Juxta crucem lacrymosa  
Dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo  
Su lumbre en opacas nieblas,  
Y, crespon de tanto duelo,  
Tendió la sombra en el suelo  
Anchos pliegues de tinieblas.

(1) Dedicada al acreditado D. José Gutiérrez, que pintó en el Liceo artístico una bellísima *Dolorosa*.

Ni un pájaro por el viento,  
Ni una fiera por la roca,  
Ni entre el musgo amarillento  
Asoma reptil hambriento  
La desenterrada boca.

Ni el ronco mar á lo lejos  
En sordo tumulto brama,  
Vibrando en turbios espejos  
Tornosolados reflejos  
Que por la playa derrama.

Ni una brisa, ni un gemido  
El aire pesado encierra,  
Que doliente y abatido  
Yace sin fuerzas tendido  
Las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras  
En la alta región inmóviles  
Cifien en bandas oscuras  
La lumbre de las alturas  
Con sus cortinajes dobles.

Ráfaga de luz sangrienta  
El negro ambiente cruzando  
Amaga pronta tormenta,  
Una natura alumbrando  
Dormida ó calenturienta.

La rosa que el aura riza  
Se dobla en el tallo seca,  
Y de la yerba pajiza  
Sostiene la raíz hueca  
Campo estéril de ceniza.

Y del desierto á la entrada  
En torpe paso el Jordán  
Arrastra el agua pesada ;  
Una con otra amarrada  
Sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales  
Por donde las ondas crecen,  
Los penachos desiguales  
Saludándolas no mecen  
Palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba ;  
El mundo en reposo inerme  
Curioso se contemplaba,  
Cual de despertar acaba  
Un hombre, y duda si duerme.

Vianse al lejos enhiestas  
Cerrando los horizontes,  
En dobles hileras puestas,  
Las enmarañadas crestas  
De los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos  
Alzando las blancas losas,  
Los esqueletos agudos  
Sacaron de asombro mudos  
Las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar  
Lo que era triste saber,  
Ninguno acertó á dudar

Lo que salió contemplar,  
Y alcanzó temblando á ver.

Allí Adán el pecador  
Asomó el gesto confuso  
Mirando en su derredor ;  
De rodillas de pavor  
Sobre la piedra se puso.

— ¿Es esa mi raza...? dijo  
Hiriendo la calva frente,  
Y llorando se maldijo,  
A su Dios mirando fijo  
En un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,  
Malditos en él también  
Los otros yertos despojos  
Volvieron hácia Salen  
Los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura  
Está la impia ciudad,  
Como meretriz impura  
Que falsa ostenta hermosa  
Merced á la oscuridad.

Y el Gólgota misterioso  
Levantado detrás de ella  
Entre ufano y vergonzoso  
Con un suplicio horroroso  
Roto la frente descuella.

Estaba en honda agonía  
Al pié de la cruz llorosa  
La Madre Virgen Maria,  
Y de la cruz afrentosa  
El Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,  
Herido y alanceado,  
Y en el madero derecho  
Desconocido y deshecho  
El cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas  
De ambos piés y de ambas manos,  
Que cayeran divididas  
A no estar tan sostenidas  
En brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea  
Ofrenda tan santa borre,  
La hirviente sangre gotea,  
Y en el peñasco en que corre  
Avaro el viento la orea.

Allí por tierra postrada  
Moribunda y desolada  
La castísima Maria,  
Con el suplicio abrazada  
La ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero  
Asombrado la miraba,  
Que sola en dolor tan fiero  
A su Dios muerto lloraba  
Al pié del santo madero.

— ¡Ella llora, y yo pequé...!

Madre amorosa, perdón,  
Que yo le crucifiqué,  
Yo su sangre derramé  
Y manché la creación!  
Yo le robé de tus brazos,  
Sin respeto á su deidad ;  
Le até con estrechos lazos  
Para arrancarle, es verdad,  
Las entrañas á pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor  
Mesándote los cabellos  
Al verdugo matador  
Tendiste los brazos bellos,  
Demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,  
Tú, Madre de Dios bendita,  
Pálida la faz de rosa,  
Te prosternaste llorosa  
Ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué ;  
Que si te vieron acaso,  
Los hombres en quien pequé,  
Cual brezo que estorba el paso,  
Te apartaron con el pié.

¡Tú hollada, Virgen, así...!  
¡Tú, que pisas de rubí  
Vistosa, viviente alfombra,  
Y besa el ángel tu sombra  
Si pasa cerca de tí!

¡Tú, de estrellas coronada,  
Del ardiente sol vestida,  
Y de la luna calzada  
Tan triste y tan dolorida  
Por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,  
Cuando una lágrima tuya  
El mundo rescataría,  
Cuando el tiempo le concluya  
En el postrimero día!

¡Tus ojos llorosos tanto  
Cuando al sol prestan su luz!  
¡Oh Madre, por tal quebranto,  
Que me salve á mi tu llanto  
Al pié de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo  
De edad mas dichosa ;  
Tú, Madre amorosa,  
Lo sabes tal vez.  
Entonces alegre  
De afanes segura,  
Soñaba ventura  
Mi loca niñez.

Brindábame entonces  
La vida placeres,  
No ví en las mugeres  
El mal del amor.

Reia y cantaba  
 Un día, otro día,  
 Y siempre el que huía  
 Tornaba mejor.  
 Que aun no me acosaban  
 Mis débiles años  
 Con duelos y engaños  
 De vana amistad;  
 Aun no de mis horas  
 De paz y esperanza  
 Rompió la balanza  
 La estéril verdad.  
 El aire era un velo  
 De ricos colores,  
 Brotaban las flores  
 A impulso del sol;  
 La noche tranquila  
 Que en paz me velaba  
 Del cenit colgaba  
 Su turbio farol.  
 La vida era un sueño  
 Ligero y flotante;  
 Finji delirante  
 Del mundo un jardín,  
 Creí que los días  
 Que pasan huyendo  
 Felices volviendo  
 Serían sin fin.  
 Entonces ¡oh Madre!  
 Recuerdo que un día  
 Tu santa agonía  
 Contar escuché:  
 Contábala un hombre  
 Con voz lastimera;  
 Tan niño como era  
 Postréme y lloré.  
 El templo era oscuro:  
 Vestidos pilares  
 Se vian y altares  
 De negro crespon;  
 Y en la alta ventana  
 Meciéndose el viento  
 Mentía un lamento  
 De lúgubre són.  
 La voz piadosa  
 Tu historia contaba;  
 El pueblo escuchaba  
 Con santo pavor.  
 Oía yo atento,  
 Y el hombre decia:  
 « ¡Y quien pesaría  
 « Tamaño dolor!  
 « El Hijo pendiente  
 « De cruz afrentosa,  
 « La Madre amorosa  
 « Llorándole al pié... »  
 El llanto anudóme  
 Oído y garganta,

Con lástima tanta  
 Postréme y lloré.  
 La voz conmovida  
 Seguía clamando,  
 El viento zumbando  
 Seguía á la par;  
 El pueblo lloraba  
 Postrado en el suelo,  
 Contaba tu duelo  
 La voz sin cesar.  
 Mi madre á sus pechos  
 Mi pecho oprimiendo  
 Posaba gimiendo  
 Sus labios en mi;  
 Y yo, Santa Virgen,  
 En són de querella  
 No sé si por ella  
 Lloraba, ó por tí.  
 Tu imagen estaba  
 Doliente á mis ojos,  
 Mi madre de hinojos  
 Oraba á tus piés:  
 Por quién lloró entonces  
 Mi pecho aflijido  
 Ya nunca he podido  
 Saberlo despues.  
 Mi madre tan jóven,  
 Tan bella y penada!  
 Mi madre adorada  
 Llorando tambien!  
 Perdon ¡oh Maria!  
 Soy hijo y la adoro,  
 Su aliento y su lloro  
 Quemaban mi sien.  
 Convulso, agitado,  
 En ámbito estrecho  
 Latir en su pecho  
 Sentí el corazon;  
 El niño creía  
 Y oró al crucifijo...  
 El niño era hijo  
 Y ahogó su oracion.  
 Há poco en mis horas  
 De cuita y de duelo  
 Amparo en el cielo  
 Con ansia busqué;  
 Tu nombre me traje  
 Mi fé solitaria,  
 Y en honda plegaria  
 Tu nombre invoqué.  
 Que yo tambien lloro  
 Mundanos pesares,  
 Tambien tengo altares,  
 Y fé y religion:  
 Que el gozo y la risa  
 Que ostento en la frente  
 Del alma doliente  
 La máscara son.

¡Ay triste! olvidado  
 No hallé en mí abandono  
 Mas luz que tu trono,  
 Mas paz que tu amor;  
 Y ciego y perdido  
 Sin lumbré y sin guía,  
 A tí te pedía  
 Llorando favor.  
 A tí que llorabas  
 El día tremendo  
 Que viste muriendo  
 Al Dios de la luz:  
 ¡Oh Madre! que el día  
 De cuentas y de espanto  
 Me salve tu llanto  
 Al pié de la cruz!

¡Madre mia! si en tu cielo  
 Se oye el murmullo mundano,  
 Y mi cántico liviano  
 En su cóncavo sónó;  
 Si la estéril armonía  
 Llegó á tí del arpa loca,  
 Y los himnos que mi boca  
 Sacrilega murmuró;  
 Tiende los divinos ojos  
 ¡Oh Madre! desde la altura,  
 Que es polvo la criatura,  
 Cieno y nada encontrarás;  
 Que en la senda de la vida  
 Cada paso que adelanta  
 Mas débil la torpe planta  
 Se acerca á su nada mas.  
 Acuérdate, Madre Virgen,  
 Que allá en la niñez tranquila  
 Por tí la clara pupila  
 Con mis lágrimas nublé;  
 Que hubo un día en que escuchando  
 La historia de tus pesares,  
 Delante de tus altares  
 Acongojado lloré.  
 Olvidate que insensato  
 Sin curar de tus dolores  
 Canté profanos amores  
 Del arpa lúbrica al són;  
 Acuérdate que nacido  
 De flaca y terrena gente,  
 Tengo de tierra la mente,  
 Y de tierra el corazon.  
 Acuérdate, Madre mia,  
 Que nací niño y desnudo,  
 Y que hoy á tus piés acudo  
 Mi nada al reconocer.  
 Que mi lengua irreverente  
 Cambia en himnos inmortales  
 Los cánticos criminales  
 Que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza  
 En tu noble amparo fijo,  
 Ruega ¡oh Madre! por un hijo  
 Al Dios que engendró la luz.  
 Y en aquel tremendo día  
 De justicias y de espanto,  
 Que me salve á mí tu llanto  
 Al pié de la santa cruz.

### NAPOLEON.

- No hay mas que yo; doblégnense los leyes
- Ante la ronca voz de mis legiones:
- Romperé el aureo cetro de los reyes
- En su espantada frente á las naciones.

D. JUAN DONOSO CORTÉS.

#### I.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,  
 Los dos en el desierto se encontraron,  
 Cuando grandes los dos se concibieron  
 De hito en hito los dos se contemplaron.  
 Sentóse el hombre al pié del monumento,  
 Y el monumento dijo: *Este es el hombre;*  
 Y el hombre al ver desde tan alto asiento  
*Esta es, dijo, la cifra de mi nombre.*  
 De sus cañones el discordé arrullo  
 Su altivo sér le traje á la memoria.  
 « Aquí debí nacer, » —dijo su orgullo;  
 « Aquí debo morir, » —dijo su gloria.  
 Con sus ojos midió la vasta mole,  
 Y murmuró pasándolos al cielo:  
 « Quien allí su bandera no enarbole  
 « Una oruga no mas será en el suelo.  
 « No valen cien coronas una estrella,  
 « Ni valemos un sol todos los reyes!  
 « Que el tiempo airado la cerviz nos huella  
 « El sol alumbrá y quemá nuestras leyes. »  
 Unos grandes allí su tumba abrieron,  
 É intentar lo era grande solamente,  
 Mas pensar en su orgullo no pudieron  
 Que era solo á sus piés tender la frente.  
 Allí depositaron sus despojos  
 Por guardarlos así de ojos humanos  
 Porque al mirar su tumba humanos ojos  
 Se creyeran imbéciles o enanos.  
 ¡Aquí está Napoleon! dijo pasando  
 De la inmensa pirámide las puertas,  
 Y las momias de Egipto despertando  
 Miraron por las urnas entreabiertas.  
 Las huecas calaveras asombradas  
 El gesto inmóvil á Napoleon tornaron:  
 ¡Aquí está Napoleon! y atrailladas  
 En derredor del vivo se juntaron.  
 Inclinaron las pardas osamentas  
 La seca frente y los desiertos ojos

Para oírle, y cayeron macilentas  
A su tremenda voz todas de hinojos.  
Contó los esqueletos transparentes  
El vivo con los suyos triunfadores,  
Y unió á los nombres de las calvas frentes  
Sus vasallos, monarcas, ó señores.

Y no encontrando á su grandeza leyes  
Gritó hiriendo los huesos con la planta :  
« Yo soy emperador, ¡ fuera los reyes ! »  
Y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada....  
Nada en el ancho cóncavo vivía.  
Solo su desdenosa carcajada  
Entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas  
Sello gigante de gigante gloria,  
Porque agobiado con sus hondas huellas  
Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio  
Diciendo á los cadáveres hollados :  
« Napoleon vino á visitar su imperio. »  
Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron  
Cruzar el arenal con pié tranquilo,  
Y allá á lo lejos saludarle oyeron  
Con asombrado á Dios al ronco Nilo.

## II.

El hombre no existe ahora,  
Que el tiempo al plegar las alas  
La lámpara de la vida  
El aire azotando apaga.  
Las moles allí quedaron,  
Y las osamentas calvas  
En las urnas todavía  
La voz del ángel aguardan.  
Ellas descansan tranquilas  
En su portentosa estancia,  
Que las cobija orgullosa  
Como ataúd y montaña;  
Y él duerme al pié de una roca  
Entre las ondas amargas  
Donde su nombre salpican  
Las espumas y las algas :  
Porque la isla compasiva  
Le recojió en sus entrañas,  
Donde con su peso abruma  
La lápida hospitalaria  
Al que quiso alzar el cielo  
Sustentándole en la espalda.  
¿ Quién es el gigante ahora ?  
¿ Quién de los dos es la página,  
Las moles de aquel desierto,  
O el nombre de las batallas ?  
Sobre ambos los huracanes  
Mugiendo y quemando pasan,

En ambos el mismo cielo  
Su noche y su luz derrama ;  
Ambos yacen solitarios  
Sin antorchas y sin guardas  
En palacios de reptiles  
Que en torno lentos se arrastran  
Sin respeto á su grandeza,  
Ni noticias de su fama.

« ¡ Aquí está Napoleon ! » dice su nombre  
Sobre las moles del desierto escrito,  
Y donde alguna vez firmó aquel hombre  
Todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre anonadados  
Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,  
Y su gloria y poder desesperados  
Envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente  
A que el destino su destino amarra,  
Y viéndose leon alzó la frente  
Mostrando al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló despavorido,  
Y al rastro de su pié le ató altanero :  
El mundo entero sorprendió atrevido,  
Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.

Numeró sus millones de soldados  
Y trepó vencedor á la montaña :  
Contó allí nuestros pueblos descuidados,  
Y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre á la llanura  
Como á la fiesta va galan mancebo,  
Avaro de la sombra y la frescura  
De su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores  
Pródiga y perfumada primavera,  
Do marcan el compás los ruiseñores  
Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas  
Para dar sed la fuente cristalina,  
Y crece al pié de las pajizas cañas  
Rica de olor la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día  
Tiñe la tez, los ojos y el cabello  
De la altiva morena que daría  
Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas,  
Y de lindas bellezas orientales,  
Entre guirnalda encontró de rosas  
Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide mas dura que el desierto  
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,  
Que supimos aquí doblar á muerto  
Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el leon de ambas Castillas  
La doble garra por adorno vano ;  
Pirámides de lanzas y cuchillas  
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

## III.

¡ Paz al coloso ! — Formidable sombra  
Tal vez mi lengua te insultó importuna ;  
No te ladra mordaz cuando te nombra :  
Solo quien te rindió fué la fortuna.

Tú bien sabías que la inmensa mole  
Que no llenan los hombres es el cielo,  
Quien allí su bandera no enarbole  
Una oruga y no mas será en el suelo.

Él te enseñó que los colosos huella  
El tiempo al fin con iracundas leyes,  
Que cien tronos no valen una estrella,  
Y no valeis un sol todos los reyes.

Dijiste : « Soy el grande de la tierra,  
« No tengo en ella ya digno enemigo. »  
Grande mi patria te llamó á la guerra :  
Porque eras grande tú, lidió contigo.

## LA SORPRESA DE ZAHARA (1).

ROMANCE DE 1481.

## I.

Está Zahara en una altura  
Entre montaña y colina  
Sentada en la peña dura,  
Que asoma la cresta oscura  
Por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos  
De noche hogueras en ella,  
No distinguen los paisanos  
Si son sus fuegos lejanos  
Luz de atalaya ó de estrella.

Y al bajar al occidente  
Confunde la luz del sol  
Las lágrimas de la fuente  
Y el arnés resplandeciente  
Del centinela español.

Y si alguna nube errante  
Del valle exhalada sube,  
Parece el pendon flotante  
Hijo de la blanca nube  
Que va saltando delante.

Allí los moros pusieron  
Sus atalayas un día ;  
Un foso despues abrieron,  
Y la villa concluyeron  
Porque el invierno venia.

Tuviéronla muchos años  
De los cristianos guardada,  
Y con mil modos estraños

(1) Esta poesía se publicó en el periódico *El Español* tal como está : el autor se ha abstenido de hacer en ella algunas correcciones de que tenia por cierto grave necesidad ; pero acaso corregida seria enteramente nueva.

## I.

Causáronles muchos daños  
En guerra tan prolongada.

Que á la sombra guarecidos  
De las huertas y olivares  
Bajaban como bandidos,  
Y robaban atrevidos  
Alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban  
Con rabia tales desmanes  
Y vengarse meditaban,  
Mientras ufanos ocupaban  
La villa los musulmanes.

Estos, por cierto, valientes,  
Eran pocos, confiados  
En el brio de sus gentes ;  
Los otros, que eran prudentes,  
Los cogieron descuidados.

Con fosos y torreones  
Guarda hoy la morisca villa  
En sus pardos murallones  
Los sobrepuestos blasones  
De Aragon y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron  
Y guardarla no supieron  
Los moros que la fundaron ;  
Cinco veces la ganaron  
Y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores  
Alzaron doble muralla,  
Y alzaron torres mayores  
Para quedar los mejores  
En el sol de la batalla.

Por eso una sola senda  
Dejaron en todo el cerro,  
Porque mas fácil se atienda  
La sola puerta de hierro  
Si se empeña la contienda.

Por eso están los cristianos  
Malamente entretenidos,  
En casa de los villanos,  
En pensamientos livianos  
Con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos  
Son ademas los soldados  
Cuando en puestos apartados  
Les dejan vivir ociosos  
Por fuertes ó por cansados

Pero avaros de venganza  
Mas advertidos los moros  
Hicieron punta á su lanza,  
Mientras ellos en holganza  
Jugaban zambras y toros.

« De mas á esos perros ya  
« La villa estuvo sujeta, »  
Dijeron ; « vamos allá,  
« Que por nosotros está  
« La voluntad del Profeta, »

Misteriosa expedicion

Propusieron á tal fin;  
Y para aquesta ocasion  
Dieron gentes en union  
La Alhambra y el Albaicin.  
Salió el viejo rey Hazen  
Con gente muy escojida,  
Y dicen los que le ven:  
— « Alá te lleve con bien  
« Y vuelvas con honra y vida. »  
Saludóles al pasar  
El musulman con la mano,  
Diciendo, el arco al cruzar:  
« — Le tengo de festonar  
« Con cabezas de cristiano. »

La tarde estaba nublada,  
El viento ronco mugía  
Y gruesa lluvia pesada  
La noche apenas entrada  
En anchas gotas caía.  
Veló medrosa la faz  
La luna entre nubes pardas,  
Y brilló en la oscuridad  
El relámpago fugaz  
En broqueles y alabardas.

Caidos los martinetes  
Sobre las mojadadas telas  
Revueltas en los almetes,  
Caminaban los ginetes  
El todo hasta las espuelas.

Mohino el rey por demás  
Iba escuchando el rumor  
De los pasos á compás,  
Despues iba un atambor  
Y los soldados detrás.

Iban entre los peones  
En vez de picos y palas  
Y estrepitosos cañones,  
Muchos moros con escalas  
Para entrar los torreones.

La luz del siguiente día  
Apenas cumplida fué,  
Ya Zahara se descubría;  
Llegó la noche sombría  
Y la tocaron al pié.

Contó el rey cuidadosamente  
Las hogueras y señales,  
Consultando diligente  
Sus espías y su gente  
Partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro dejó  
Los ginetes y escuderos;  
Y él mismo despues trepó  
Con algunos caballeros  
Y soldados que tomó.

Seguía la tempestad.  
Zumbaba agitado el viento

Rodando en la oscuridad  
Y azotando la ciudad  
Con temeroso concento.  
Se oía caer bramando  
La lluvia de las montañas  
De peña en peña chocando,  
A la llanura arrastrando  
Espinos, olmos y cañas.

Y en el alto torreón  
Aturdido el centinela  
Murmuró humilde oracion,  
Acurrucado al rincón  
De la covacha en que vela.  
Y al calor de su gabán  
Con el monótono arrullo  
Que allí las aguas le dan,  
Durmió rendido su afán  
Oyendo el vago murmullo.

Soltó la lanza su mano,  
Fijó el rostro en la rodilla,  
Y así soñó el veterano  
Una aurora de verano  
En un lugar de Castilla.

## II.

Es grato en el blando lecho  
Oír el viento que brama,  
Y el agua que se derrama  
Sobre los techos rodar,  
Oír en la estrecha calle  
El rumor acelerado

De las armas del soldado  
Que acaban de relevar.

Y en confuso remolino  
Oír crecer la tormenta  
Que cambia al pasar violenta  
Las veletas del metal.  
Y oír zumbiar sacudida  
La mal sujeta campana,  
Y oír en la ancha ventana  
Temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice,  
El tímido infante llora,  
La madre le mece y ora  
Con religioso pavor:  
El enfermo se acongoja  
Y el amante desespera,  
Que acaso vela y le espera  
Entre las rejas su amor.

Los de Zahara silenciosos  
O velaban ó dormían:  
Solo en la villa se oían  
En la densa oscuridad  
El agua de las goteras,  
El vago mugir del viento  
Y el ronco y medroso acento  
De la negra tempestad.

Solo en apartada torre  
Del mal guardado castillo  
Con el fulgor amarillo  
De una lámpara al morir,  
Velan algunos soldados  
Y se siente desde fuera  
El rumor de una quimera  
Y jurar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,  
Sus apodos insolentes,  
Que en todo hallan tales gentes  
Contentamiento y placer.  
Se juntan en borracheras  
Para acabarlas riñendo,  
Y vuelven en concluyendo  
Desde reñir á beber.

Y en el calor de las orgías  
Y el vapor de los licores  
Disertan de sus amores  
En obsceno platicar;  
Que su lengua irreligiosa  
Sin respetos y sin vallas  
Solo de sangre y batallas  
O mugeres ha de hablar.

De estas se miran algunas  
Con los soldados mas mozos  
En impúdicos retozos  
Y deshonesto ademan,  
Que osadas y descompuestas  
O blasfemando ó riñendo  
Hasta embriagarse bebiendo  
Desatinadas están.

La trémula llamarada  
De una hoguera agonizante  
Presta á su rudo semblante  
Una espresion mas feroz;  
Y recibiendo la bóveda  
La algazara en su ancho hueco  
Remeda con largo eco  
La desentonada voz.

Harto de vino y de amores  
En dos bancos apoyado  
Cantaba un viejo soldado  
Al són de un roto rabel,  
É hiriendo á compás la mesa  
Con plato, copa ó cuchillo,  
Ahullaban el estribillo,  
Ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis  
Insensatos blasfemaban,  
Y reían y danzaban  
Completando la embriaguez;  
Y sus sombras en silencio  
Gigantescas agitadas  
Cual fantasmas convidadas  
Erraban por la pared.  
— « ¡ A ellos ! » — gritaron voces,  
Y entraron el aposento

Diez á diez y ciento á ciento  
Los moros del rey Hazen,  
Y apenas á las espadas  
Acudieron los cristianos,  
Les cercenaron las manos  
Y las cabezas también.

Lidiaron acaso algunos,  
Pero tantos les entraron,  
Que al fin los acuchillaron  
Con las hembras á la par.  
A los gritos de los moros  
Los cristianos despertaban;  
¡ Pero los tristes se hallaban  
Cautivos al despertar !

La soñolienta pupila  
Prestaba crédito apenas  
A las cuerdas y cadenas  
Con que atados dos á dos  
Por los árabes se vieron  
A quienes con lengua y ojos  
Pedían piedad de hinojos  
En el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,  
De los niños los sollozos,  
Los esfuerzos de los mozos,  
El dolor de la vejez,  
Son inútil resistencia,  
Porque á todos los infieles,  
Atados como lebreles  
Los arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen  
Desesperada con ellos,  
Que con sus propios cabellos  
Mordaza ó cordel le dan;  
En vano niños y enfermos  
Yacen sin fuerzas postrados,  
En tropel como ganados  
Todos á los hierros van.

Fueron por Dios tristes horas  
Las de noche tan sangrienta;  
¡ A quien de allá pidan cuenta  
Malas cuentas ha de haber !  
Que si hay justicia en los cielos  
De tanta vida inocente,  
Una vida solamente  
Ha muy mal de responder.

## III.

Medrosa de tanto duelo  
Subió al oriente la aurora  
Entre cortinas de nubes  
Que la apagan ó la embozan.  
Lloraba el cielo por ellas  
Hilo á hilo, y gota á gota,  
Sin que el sol tornasolara  
Las lágrimas con que lloran.  
Andaba el aire aturdido

Sin hallar sitio en la atmósfera,  
 Que asaltada por la lluvia  
 Entre la lluvia se ahoga;  
 Y tanta gala los cielos  
 Ostentan cuando la acosan  
 Que con mundos de cristal  
 La bloquean y la toman.  
 Lloraba el cielo por Zahara  
 Que acaso por pecadora  
 La castiga, y ver no quiere  
 Los males con que la azota.  
 Cerróse en agua, y con ella  
 Cerró su misericordia;  
 Vendó con nieblas sus ojos,  
 Y su clemencia hizo sorda  
 Por no ver al rey Hazen  
 Que en medio la gente mora  
 Amarró dos mil cristianos  
 Al carro de su victoria.  
 Cabalgaba el agareno  
 Sobre una yegua de Córdoba  
 Con la crin hasta el estribo,  
 Y hasta la tierra la cola:  
 Y como el cielo la empapa  
 En las aguas que la mojan,  
 La cola y la crin parecen  
 De espumas, algas y esponjas.  
 La plaza cercan los moros  
 Donde dos á dos arrojan  
 Los cristianos que cautivan,  
 Los cautivos que sollozan.  
 Allí mugeres y ancianos,  
 Allí vírgenes y esposas  
 Juntan á golpes y á gritos  
 Entre algazara y chacota.  
 Casi desnudos los llevan  
 A todos por mas deshonra  
 Hasta el centro de la plaza,  
 Donde á la intemperie opongán  
 La desnudez de las carnes,  
 Su temblor y sus congojas;  
 Y á los ojos de los moros  
 Los defectos de las formas  
 O las castas perfecciones  
 Que con torpes ojos hozan.  
 El noble rostro hácia el suelo  
 Dos tristes vencidos tornan,  
 Por ocultar en los ojos  
 Las lágrimas con que lloran:  
 Que la libertad perdida  
 Sin infamia nos agobia,  
 Pero mata y avergüenza  
 Perder libertad y honra.  
 Caíales por los hombros  
 El agua, porque furiosas  
 En su cabeza las nubes  
 Reventadas se desploman;  
 Que cuando al fin Dios castiga

Muestra su justicia toda,  
 Pues la maldad de los hombres  
 Toda su clemencia agota.  
 Mandó Hazen que los cristianos  
 Guardados por buena escolta  
 Vayan delante á Granada  
 Por la vereda mas corta;  
 Mas viendo que los ancianos  
 Y los enfermos le estorban,  
 A su guardia de Gomeles  
 Dijo impaciente en voz ronca:  
 « Llegarán los que llegaren,  
 « Los mozos á las mazmorras,  
 « Las muchachas al serrallo  
 « Y los viejos á la horca. »

Preparan los granadinos  
 Bohordos en Vibarrambra,  
 Torneos para los nobles,  
 Para el pueblo luminarias.  
 Cuelgan de púrpura y blanco  
 Miradores y ventanas,  
 Y el populacho á las puertas  
 Al rey impaciente aguarda.  
 En la vega están los ojos  
 Y en la vía de Zahara,  
 Que el rey envió corredores  
 A decir que está ganada.  
 Añafles y atabales  
 Por honra y por fiesta sacan,  
 Y en corros moros y moras  
 Gritando y riendo saltan.  
 « Viva el rey, » dicen algunos,  
 Y otros gritan: « muera Zahara; »  
 Y todos á los vencidos  
 Insultan, mofan é infaman:  
 Que siempre quien vence grita  
 Porque los vencidos callan,  
 Porque las lenguas se sueltan  
 Donde las manos se atan:  
 Porque la risa provoca  
 Tal vez la agena desgracia,  
 Y al que nace desdichado  
 Hasta compasión le falta;  
 Que quien cae pone á los otros  
 Para que pasen la espalda,  
 Y maldición es que lloren  
 Algunos lo que otros cantan.  
 Así ondean los pendones  
 En las torres de la Alhambra,  
 Así Granada la bella  
 Se viste imbécil de gala  
 Cantando hoy loca las glorias  
 Que ha de maldecir mañana.  
 Venir se ven los cautivos  
 Entre la neblina parda  
 A pasarse descompasados

Como los cautivos andan:  
 Que como el alma les pesa  
 Así les tiembla la planta.  
 Delante y detrás los moros  
 Y por los lados los guardan  
 Los alfanges en la diestra,  
 Los broqueles á la espalda.  
 Siguen despues los ginetes  
 Y nobles con el monarca,  
 Los lanzones en la cuja,  
 En el arzon las adargas;  
 Mostrando bien los caballos  
 En su perezosa marcha  
 La fatiga del camino,  
 Lo largo de la jornada;  
 Que traen el arnés mohoso,  
 Deslucidas las gualdrapas;  
 Hasta las crines el lodo,  
 Desde las crines el agua.  
 Cuando á la puerta de Elvira  
 Los zahareños llegaban  
 Cantaba el pueblo su triunfo  
 Con vítores y algazara.  
 Aplaudían con las manos,  
 Con panderos y sonajas,  
 Al són de los duros hierros  
 Que los otros arrastraban.  
 Cesó de pronto el aplauso,  
 Susurraron en voz baja  
 Palabras que nadie oía;  
 Pero todos murmuraban.  
 Ojos habia en la turba  
 Oscurecidos con lágrimas,  
 Y ojos que con luz sombría  
 Para maldecir miraban.  
 Desnudos y á la intemperie  
 Los prisioneros entraban,  
 Ancianos, madres y niños  
 Entre broqueles y lanzas,  
 Sin respeto á su inocencia,  
 A su sexo y á sus canas.  
 Las madres sus muertos hijos  
 Traían desesperadas  
 En los maternales brazos  
 Y en los brazos de su alma.  
 Movidos á compasión  
 Los moros de pena tanta  
 Sus ojos de los cautivos  
 Indignados apartaban.  
 Las madres libres llorando  
 Atropellando los guardias,  
 A las cristianas cautivas  
 Sus propias telas regalán,  
 Y parten los alimentos  
 Que á los moros preparaban,  
 Entre los tristes esclavos,  
 Que los devoran con ansia.  
 Algunos mas altaneros

Acaso los rehusaban,  
 Que el pan de la esclavitud  
 Entre los labios amarga.  
 Alzóse Muley Hazen  
 En los estribos de plata  
 Viendo la piedad del pueblo  
 Y la miseria cristiana.  
 Rabioso de que la plebe  
 Le eche su crueldad en cara,  
 Atropelló con su yegua  
 Por la turba aglomerada,  
 Dividiendo así los moros  
 Y los esclavos de Zahara.  
 « ¡ Adelante! » gritó airado  
 Con la voz ronca de rabia;  
 « Todos son esclavos míos,  
 Al serrallo las muchachas,  
 Los mozos á las mazmorras  
 Donde mas á luz no salgan,  
 Y los viejos que los maten,  
 Pues no me sirven de nada. »  
 Calló el pueblo amedrentado,  
 Obedecieron las guardias,  
 Y el rey subió con los nobles  
 A toda rienda á la Alhambra.

## IV.

Sentado está el rey Hazen  
 En un morisco almohadon,  
 Y muchos moros se ven  
 Cruzar el ancho salon  
 Para darle el parabien.  
 A las puertas, reverentes  
 Delante su rey se paran,  
 Doblando humildes las frentes;  
 Que al rey miran tales gentes  
 Como al mismo Dios miraran.  
 Mirra y esencias de flores  
 Arden en pebetes de oro,  
 Y el sol de los miradores  
 Anubla el humo de olores  
 Que avaro respira el moro.  
 El aire colman de ruido  
 Dos fuentes azafranadas,  
 Y en su murmullo perdido  
 Se oye el trinar dolorido  
 De las aves enjauladas:  
 Porque en nichos de cristal  
 Cerradas las hay tan bellas  
 En la bóveda oriental,  
 Que el aire parece mal  
 Solo porque está sin ellas.  
 Las miró el viejo Muley  
 Y viéndolas suspiró —  
 « En vano me llaman rey, »  
 Dijo, « si como ellas yo  
 « Esclavo soy de mi ley.

« Que penan ellas así  
 « En ese encierro imagino ;  
 « Mas ellas placen ahí,  
 « Y en eso quiso el destino  
 « Diferenciarlas de mí. »  
 Volvió con tal pensamiento  
 A suspirar otra vez,  
 Bajó el rostro macilento,  
 Pero repuesto al momento,  
 Demandó con altivez :  
 « ¿ Los cristianos qué se hicieron? —  
 — En las mazmorras están  
 En cadenas, respondieron.  
 — « ¿ Los condenados murieron? »  
 — Si no han muerto morirán.  
 Volvió el rey á meditar  
 De los suyos recelando,  
 Y siguieron á la par  
 Las fuentes su susurrar  
 Y los pájaros cantando.  
 — « Alá nos dió la victoria, »  
 Siguió el rey : « ¿ qué dicen de ella? »  
 Todos callaron : « fué gloria  
 « Ganarles villa tan bella. » —  
 « Tendránlo á fé en la memoria. »  
 Harto el rey Hazen habló ;  
 Los cortesanos callaron,  
 Que el pueblo indignado vió  
 Que los cautivos entraron  
 Como perros que él ató.  
 Y los moros presentian  
 Que la tregua quebrantada,  
 Los cristianos entrarían  
 Por las vegas de Granada  
 Y á Zahara no olvidarían.  
 Por eso ante el rey estaba  
 La turba sin contestar,  
 Que mal con su rey andaba  
 Desde que vido que mandaba  
 A los viejos degollar.  
 Callaba Muley Hazen,  
 Sin hallar paso mejor ;  
 Que sabe el príncipe bien  
 Que sangre mancha también  
 El laurel del vencedor.  
 Corrian entrambas fuentes,  
 Trinaban los ruseñores,  
 Y el sol en ambas corrientes  
 Sus rayos mas transparentes  
 Deshacía en mil colores.  
 Los vidrios de las ventanas,  
 Contornos dando á sus sombras,  
 Estampan las formas vanas  
 De sus historias livianas  
 En las moriscas alfombras.  
 El silencio á interrumpir  
 Vino una voz de dolor :  
 « Preparaos á morir »

Se oía á gritos decir  
 A un hombre en un corredor.  
 Todos el rostro tornaron  
 Impacientes á la entrada,  
 Y repetir escucharon :  
 « Tus glorias se marchitaron ;  
 « ¡ Ay de tí, bella Granada ! »  
 Entró el hombre en el salon  
 De musulmanes cercado :  
 Érase el tal un santón  
 Que vivía en la oracion  
 Del tumulto retirado.  
 Pasó la noche corriendo  
 Gritando en la oscuridad : —  
 « Granada, los estoy viendo :  
 « ¡ Ay de la hermosa ciudad,  
 « Tus muros están cayendo ! »  
 Los moros viéndole entrar  
 Delante se le inclinaron,  
 Y él siguió en su predicar : —  
 « Los estoy viendo llegar  
 « Y vuestros dias contarán !  
 « ¡ Ay de tí ! la desdichada  
 « Ciudad reina de ciudades  
 « Por el cimiento horadada,  
 « Los cielos en tí, Granada,  
 « Lloverán calamidades.  
 « Es en vano resistir :  
 « ¡ Ay de tí, reina de oriente !  
 « Alá te manda morir,  
 « Los estoy viendo venir ;  
 « ¡ Ay ciudad ! ¡ ay de tu gente ! »  
 Harto ya Hazen de escucharle  
 Furioso le preguntó : —  
 ¿ Quién eres? Sin contestarle  
 Gritando el santón siguió,  
 Y el rey volvió á preguntarle :  
 « Enviado soy de mi Dios, »  
 Dijo el moro, « y dióme el cielo  
 Un mensaje para vos. »  
 Y el rey : — « Pues ve que en suelo  
 « No hay mas oídos que dos. »  
 Siguió entonces el santón  
 Muy loco ó muy confiado  
 Su doliente relacion,  
 Con el monarca encarado  
 Y á guisa de inspiracion.  
 « La tregua está quebrantada  
 « Y á muerte al traidor sujeta.  
 « ¡ Ay de tí, bella Granada,  
 « Cayó en tí, desventurada,  
 « La maldicion del Profeta !  
 « Borrada su suerte hallé  
 « Del pensamiento divino ;  
 « Por tí, ciudad, mucho oré,  
 « Y para leer tu destino  
 « Hasta el cielo penetré. »

Oyóle Hazen un momento,  
 Y enfurecido además,  
 Dijo, dejando su asiento :  
 « ¡ Quien leyó en el firmamento  
 « No puede llegar á mas ! »  
 La turba ve estremecida  
 La rabia del rey, y calla,  
 Y el rey dijo á su salida : —  
 « Quitad á ese hombre la vida  
 « En lo alto de la muralla.  
 « Cuando vengan los cristianos, »  
 Siguió volviendo á los moros,  
 « Lanzas teneis en las manos,  
 « Cerrad con ellos, villanos,  
 « Como cerrais con los toros. »

## A LOS INDIVIDUOS ARTISTAS

DEL LICEO.

NOVIEMBRE DE 1837.

### I.

Allí está lo que el mundo llama mundo  
 Arrastrándose imbecil por la tierra,  
 Ese reptil raquitico é inmundo  
 Que en el sepulcro su ambicion encierra.  
 Allí está con sus circos y jardines,  
 Vano de amor y espléndido de amores,  
 Mal envuelto entre farsas y festines,  
 Como esqueleto entre marchitas flores.  
 Vestido está de alcázares y escudos ;  
 Mas torpe esclavo de egoistas leyes  
 Lleva sus pueblos á danzar desnudos  
 En derredor del lujo de sus reyes.  
 ¡ Vano placer ! ¡ quimérica algazara !  
 ¡ Flor de una aurora, sola y pasajera... !  
 De cerca un cementerio nos mostrara  
 Al resplandor de moribunda hoguera.  
 Los hombres de ese mundo no son hombres,  
 Las mugeres de allí no son mugeres,  
 Ellos cubren su nada con sus nombres ;  
 Y ellas no tienen mas que sus placeres.  
 Cuando Dios, que les dió el ánima noble,  
 Las ánimas demande enfurecido,  
 Su ángel de hinojos con vergüenza doble  
 Señor, contestará, ¡ las han perdido !  
 Automatas que viven porque viven,  
 Hoy al rumor de estrepitosa orquesta  
 El ageno renombre que reciben  
 Llevan como sus padres á una fiesta.  
 Contentos con sus vanos oropecos  
 Atraillando al cuerpo el pensamiento,  
 De un heredero nombre hacen laureles,  
 Gloria y valor del alto nacimiento.

Cielo es para ellos el azul que miran.  
 Es la tierra un inmenso anfiteatro,  
 Y ellos que en esa atmósfera respiran  
 Los actores tal vez de ese teatro.  
 Y en tanto que en sus necias pantomimas  
 Se gozan y en estúpidos placeres,  
 Canta el poeta en gigantescas rimas  
 El sér tremendo que abortó los seres.  
 Pinta el pintor el cielo y los colores  
 Arrebata la luz al mediodía,  
 Y el músico á los vientos bramadores  
 A las aves y fuentes la armonía.  
 Hijo de rey, conquista su corona,  
 Hijo de Dios, como su Dios concibe,  
 Que con sus obras su nobleza abona,  
 Y no infama su estirpe mientras vive.  
 Noble es el grande y grande es el valiente,  
 Quien por ser como Dios como Dios crea,  
 Ese es el noble que alzará la frente  
 Trepando al sol hasta que sol se crea.  
 Ese á la tumba bajará ignorado,  
 Ese en la tierra vivirá mendigo,  
 A ese nada los hombres le hemos dado,  
 Su padre que fué Dios será su amigo.  
 Y cuando él, que le dió el ánima noble,  
 Las ánimas demande enfurecido,  
 Dirá el ángel con orgullo doble  
 Hombre le hicistes, ángel le he traído.

Es grande quien nace esclavo  
 Y baja al sepulcro rey,  
 Cambiando altivo en diadema  
 Los hierros que atan sus piés.  
 Es grande el hombre de polvo  
 Que meditando en su sér  
 Del sol envidia los rayos  
 Por brillar tanto como él.  
 Quien en un cuerpo mezquino  
 Un alma gigante ve,  
 Y hacer lo que Dios pretende  
 Porque hijo de Dios se cree.  
 Quien sintiéndose con alas  
 Se arroja el viento á romper  
 Y va osado á las estrellas.  
 A preguntarlas *quién es*.  
 Ese es el grande y el noble,  
 Ese es el hombre por quien  
 Hizo un Dios en siete dias  
 Del cielo un ancho do-el,  
 De toda la tierra un trono,  
 De una existencia un placer,  
 Del sol una eterna hoguera,  
 Y apenas el hombre fué,  
 Tendió el mar en la llanura  
 Por alfombra de sus piés.  
 No es noble ; viven los cielos !  
 Quien muestra un viejo broquel